

CERECEDA, Miguel y VELASCO, Gonzalo (eds.): *Incomunidad. El pensamiento político de la comunidad, a partir de Roberto Esposito*, Madrid, Arena Libros/UAM, 2011.

Probablemente sea innecesario presentar a Roberto Esposito. Su obra recibe en los últimos años una atención que ya quisieran otros filósofos de mayor fama, pero cuyos trabajos no consiguen el mismo impacto que los del italiano. En el ámbito hispano Esposito no solo es conocido sino también, lo que es más importante, leído y discutido. Sus libros se traducen al poco de ser publicados en Italia, lo que ha contribuido a que términos y conceptos habituales en su pensamiento, como el de “impolítica” o la pareja “communitas-immunitas”, resulten familiares a quienes se interesan por la filosofía política contemporánea. En definitiva, Esposito se ha convertido en una referencia del pensamiento político actual. Méritos no le faltan a quien ha llevado a cabo una de las síntesis más originales, arriesgadas y, todo hay que decirlo, discutibles, de autores procedentes de tradiciones aparentemente alejadas entre sí, como la alemana (Schmitt, Heidegger), la francesa (Bataille, Blanchot, Derrida, Nancy, Foucault) o la italiana (Guardini, Agamben), sin perder nunca de vista a Kant, Hobbes o Rousseau. Esposito bebe de aquí y de allá, de cualquier fuente que le ayude a profundizar en lo que para él es el gran desafío para la filosofía actual: cómo pensar una política que asuma que, como advirtieron Schmitt y Heidegger, los conceptos que tradicionalmente se han manejado en este dominio han perdido su fundamento onto-teológico; que después de la deconstrucción derridiana de la subjetividad, el agente político ya no puede identificarse con una substancia; que, en consecuencia, las nuevas “ontologías de lo común” han abierto las puertas a formas de subjetivación múltiples, dinámicas, inestables; o que ella misma, la política, en la medida en que se ha revelado como un espacio de representación que tiende desde su origen a excluir toda forma de disenso y a negar la condición de actor político a grupos condenados a la marginalidad, quizás necesite ser reformulada.

Por todo ello, no podía ser más oportuna la publicación de esta obra, fruto de un seminario de investigación creado hace tres años en la Universidad Autónoma de Madrid por el profesor Miguel Cereceda. *Incomunidad* reúne los textos que sus participantes presentaron en 2010 en un congreso dedicado a la figura de Roberto Esposito. Desde entonces, varios textos del italiano han visto la luz. Sin embargo, aún hoy el público hispanohablante carece de una monografía que le permita introducirse en el pensamiento de Esposito, situándolo en el contexto del que surge y haciéndole dialogar con referentes no siempre explícitos en sus textos, como Laclau, Rancière, Cicerón o Spinoza. La obra aquí reseñada aúna, pues, el acierto de ser pionera en el estudio de este filósofo en el ámbito hispano, con la honestidad de haber adoptado para su estudio una tan rigurosa como honesta perspectiva que rehúye el halago gratuito.

Con todo, los editores del volumen, Gonzalo Velasco y Miguel Cereceda, dejan bien claro con el subtítulo que la meta que persiguen es más elevada: pensar *a partir de* Esposito la cuestión de “la comunidad”. Por qué este término ha devenido en uno de los problemas filosófico de más enjundia en las últimas décadas, es el principal asunto que aborda *Incomunidad*. Y lo hace tomando como excusa un pensamiento, el de Esposito, en el que confluyen autores que piensan *lo común* desde distintos ámbitos: Kant y el *sensus communis* de la tercera Crítica; Heidegger con su *Mitsein*; Bataille y “la comunidad de los que no tienen comunidad”, hasta llegar a Jean-Luc Nancy y la *communauté desoeuvrée* del *être*-

*avec*. Todos ellos son decisivos para localizar las raíces del pensamiento de Esposito, perfectamente señaladas en la *Presentación* de Miguel Cereceda y en el artículo de Gonzalo Velasco *Una vida que opera*, a los que habría que añadir la valiosa aportación de Tommaso Menegazzi, *De lo impolítico a la biopolítica*. En el primero de estos textos, Cereceda sitúa en el fracaso del comunismo el inicio de la reflexión acerca de *lo común*, tesis que sólo se puede compartir en parte, pues como muestra Evaristo Prieto en su artículo *Comunidad, enemigos y extraños*, la sociología organicista estaba mucho antes, desde los tiempos de Tonniès al menos, pensando en lo propio de la comunidad para poder delimitarla y contraponerla a la “sociedad”. Por no hablar de la otra gran línea que desde posiciones políticas piensa “la comunidad”, el comunitarismo norteamericano de Sandel o Walzer, para quienes Marx en modo alguno representa el horizonte “insuperable” de sus preocupaciones. El problema de la tesis de Cereceda es que, así como en el ámbito francés Marx es insoslayable, en especial para Althusser y sus seguidores, no sucede lo mismo en el caso concreto de Esposito, cuyo pensamiento de la comunidad está más próximo a Heidegger, Kant, Nancy o Bataille. Lo que su obra evidencia es que pensar *lo común* y la comunidad en nuestros días no exige pasar necesariamente por Marx y sí, en cambio, por el “Mitsein” de Heidegger. Sin embargo, el principal reproche que Cereceda lanza a Esposito es el de no haber incluido al estalinismo en su reflexión acerca de la tanatopolítica nazi. Si en el nacionalsocialismo, como sostienen Agamben y el propio Esposito, la política se sostenía en una biopolítica que acabó por destruir al cuerpo que debía proteger –el pueblo alemán– del peligro externo, ¿por qué no hacer extensivo este planteamiento a Stalin? Al rehusarlo, se obvia que el nazismo, en tanto que realización de ideales comunitarios biológicos –las teorías racistas del siglo XIX–, tiene su reverso en el estalinismo como culminación de ideales comunitarios políticos –el marxismo. En la medida en que el análisis de Esposito en *Communitas* escamotea este paralelismo, deja sin pensar la cuestión del fracaso del comunismo y, por consiguiente –podemos deducir–, no llegaría hasta el corazón de la cuestión de “la comunidad”. El texto de Cereceda confirma que la lectura que de Esposito hacen los autores de *Incomunidad* evidencia las aporías a las que conduce el pensamiento del italiano. Esto no le impide reconocer que “la tarea filosófica abordada por Roberto Esposito ha tratado en este sentido de pensar la mayor parte de los conceptos de nuestro vocabulario filosófico-político, para poner con ello de relieve no sólo el vacío filosófico que ocultaban en su interior, sino sobre todo las contradicciones a que esos vacíos nos arrojaban” (p. 14), idea que suscribimos no sin añadir que en esto Esposito sigue la huella de Derrida, autor menos mencionado de lo que debiera en *Incomunidad*. Por cierto, en la *Presentación* Cereceda justifica la acuñación de ese neologismo que hace las veces de título: “hemos querido expresar no sólo la incomodidad que la comunidad produce y las patologías derivadas de su propia realización, sino también lo incomunicable mismo que la comunidad contiene, el fondo mortal que se revela en su interior” (p. 19).

Toda comunidad es entonces una experiencia de incomunidad, afirman Cereceda e Isidro Herrera en sus artículos, que abren el primer capítulo del libro. Los dos acuden a Georges Bataille y a Maurice Blanchot, pensadores marginados por el academicismo filosófico, para responder a la pregunta de qué hay en común entre los miembros de una comunidad. Frente a quienes defienden que son unos rasgos más o menos empíricos –la nacionalidad, la lengua, el género...– o trascendentales –un contrato, una racionalidad comunicativa

o una sensibilidad universales—, los que proporcionan la identidad a una comunidad, lo que Bataille y Blanchot enseñan es que lo compartido por sus integrantes es una nada. *Lo común* es la *nada* de la muerte, añade Herrera, porque nadie puede no estar expuesto a ella. Y es, además, lo que necesariamente nos abre a la alteridad, pues siendo imposible acceder a nuestra propia muerte, solo cabe tener experiencia de ella cuando es el otro, el prójimo, quien muere. Los hombres tienen en común su condición mortal, el compartir una experiencia nunca apropiable desde la que, empero, la comunidad que es la muerte, una comunidad de la nada, configura su identidad.

Bataille fue uno de los primeros en apuntar hacia *otra* forma de comunidad, una “negatividad sin empleo” subyacente en sus propuestas comunitarias, como la de la revista *Acéphale*. En el segundo de los artículos de *Incomunidad* que firma, *Bataille y el comunismo*, Miguel Cereceda repasa el fracaso de las formas de “lo común” de Bataille cuando intentó materializarlas, desenlace por lo demás esperable por cuanto *su* comunidad no podía producir “obra” alguna, salvo que así se considere a esa nada en común que se revela. No obstante, en el pensamiento de una comunidad “sin empleo” está, como bien recuerda Cereceda, el germen de una política distinta, encarnada en propuestas como la del “comunismo literario” de Nancy o la propia “impolítica” de Esposito. Esta última no se trata de una anti-política, sino de un pensar de otro modo lo común de que se hace cargo la política: asumiendo que etimológicamente comunidad remite a *cum* y a *munus*. Si Nancy se centra en el primer término, para profundizar en el camino esbozado, pero no recorrido, por Heidegger con su *Mitsein*, Esposito, muy influido por Derrida, ha pensado la lógica del don implícita en el *munus*, que no es un objeto que se dé o se pueda compartir, sino el acto mismo de la donación. Lo que une a los miembros de una comunidad es entonces la expropiación de una substancia propia compartida: no tienen en común una identidad, una obra, pero sí una relación: un *ser en común*.

Como es evidente, Esposito, al igual que Nancy, no se aparta de Heidegger. Pero en el caso del italiano, procedente de una tradición en la que la filosofía se presenta casi siempre con una tonalidad política, todo su afán pasa por determinar cómo desde una ontología como la heideggeriana se puede dar un salto a lo político que no incurra en los desvaríos y dislates del alemán. Por cierto, en su aportación a *Incomunidad* Julio Quesada niega la mayor: en la filosofía de Heidegger, afirma, está presente el nacionalsocialismo desde la primera hasta la última palabra. Para demostrarlo analiza un texto temprano, la *Indicación de la situación hermenéutica*, que marca, a su juicio, el alejamiento de la intersubjetividad husserliana, lo que será fatalmente decisivo en el destino de la filosofía de Heidegger. Si en Husserl el cuerpo era un elemento decisivo para comprender una intersubjetividad de implicaciones ético-políticas, la hermenéutica heideggeriana, al prescindir de lo corporal, aboca a un pensamiento de *lo común* en el que el *nosotros* ya no remite a la relación yo-tú a partir de una conciencia intencional, sino a una comunidad histórica, la alemana, construida con “arquetipos”, los “axiomas ontológicos del *Dasein*”, que hacen “tanto de lo impuro como de lo inauténtico instalados en lo originario, el elemento a destruir: *erradicar*” (pp. 219 y 237). Aunque no sea éste el lugar de discutir las exageraciones en que incurre Julio Quesada, quede al menos constancia de un lamento por la ocasión perdida para profundizar en la lectura que de Heidegger hace Esposito. Esto último habría resultado más interesante y pertinente que la sempiterna diatriba contra el filósofo alemán y contra los “ciegos” investigado-

res que lo leen sin tener presente en cada momento lo que debiera ser un dogma de fe: que la analítica existencial de *Ser y Tiempo* está atravesada por la ideología nazi.

Por suerte, las demás colaboraciones de *Incomunidad* se abstienen de tergiversaciones y lecturas interesadas. Particularmente valiosas son las del segundo capítulo, *La fuerza del demos*, dos de cuyos autores, sin perder de vista a Esposito, ofrecen introducciones a otros pensadores que han problematizado “la comunidad” desde posiciones alejadas, a veces opuestas, a las de aquél. Lucía Bodas se acerca a la obra de Jacques Rancière y al contradictorio tratamiento que hace de ese concepto. Por mucho que pretenda desentenderse de la noción de “comunidad”, la política, observa Bodas, no se refiere nunca a un individuo, pues lo que está en juego en ella es una idea de *lo común*. Por su parte, Luciana Cadahia, analiza la conexión entre decisión y conflicto en los trabajos de Ernesto Laclau a partir de su noción de “hegemonía”. Otros artículos de esta sección están dedicados, como los anteriores, a un determinado pensador, ya sea Derrida, en cuyo concepto de la “democracia por venir” Roberto Navarrete detecta un mesianismo que remite a una escatología religiosa; o Spinoza, que estaría en el origen, según Vicente Muñoz-Reja, de la “ontología de la multitud” que se ha plasmado en propuestas como la de Negri y Hardt, o la de Virno, a los que habría que añadir el nombre de alguien que merecería un hueco en esta *Incomunidad*: Etienne Balibar.

En este punto puede que sea útil recordar que en el enfrentamiento entre Negri y Esposito se contraponen no sólo dos tradiciones de la filosofía política italiana más reciente, sino las dos grandes “ontologías de lo común” contemporáneas: la spinozista, cuya “multitud” presenta rasgos sustancialistas, y la heideggeriana, que rehúye todo atisbo de *hypokeimenon* para localizar la esencia de la comunidad en la *relación*. Cada una de ellas dará pie, respectivamente, a una política de las multitudes y a una política procedente del pensamiento del *ser-con*, que curiosamente reciben similares críticas por prescindir de un sujeto estable que haga las veces de agente político; por no concretar el momento revolucionario, imposible de prever y de organizar, oculto para algunos bajo sospechosas figuras pseudo-escatológicas como la del “acontecimiento”; o por su idéntica reticencia a aceptar que la confrontación entre argumentos políticos deba estar sometida a la lógica del acuerdo y la deliberación. Por ello, es frecuente que se alcen voces, como las de los mencionados Rancière y Laclau, que atacan a estas propuestas de raíces ontológicas por considerar que, cómodamente instaladas en una esfera etérea, se abstienen de bregar con los problemas de la política. Su eficacia, su *operatividad*, suelen dictaminar, son nulas.

Como puede concluirse tras leer el último capítulo, *En torno a Roberto Esposito*, la obra de este pensador se hace cargo de esas críticas para, en un esfuerzo sin precedentes, intentar traducir en una formulación política el pensamiento de Heidegger, Bataille, Derrida o Nancy. La solución de Esposito pasa por conectar a los filósofos que deconstruyen la *comunidad* a partir del “ser-con”, con Nietzsche y, sobre todo, con la biopolítica de Foucault, como también hace Germán Cano en su texto *La vida en juego*, en el que profundiza en la postulación de subjetividades relacionales a partir de la dimensión “química” del pensamiento foucaultiano. Para Esposito, pensar la comunidad implica desplazar el foco del *cum* a ese elemento de donación, el étimo *munus*, que conduce al carácter inmunitario con el que aquélla defiende la vida de sus integrantes de los peligros que la amenazan. Evidentemente, Esposito ha puesto en juego un nuevo concepto de “comunidad” en apariencia ajeno al

*Mitsein* o “ser-con” heideggeriano, pero sí cercano al *Volk* (pueblo) de *Ser y Tiempo*. Si la política está entonces llamada a tomar la vida como contenido directo de su propia actividad, el desafío será evitar que incurra en el paradigma inmunitario que defiende el *nosotros* del contacto y del peligro de un *otro* exterior, y que, como apuntó Derrida, siempre acaba por volverse en contra de lo que debería proteger: la *inmunidad* deviene en *autoinmunidad*. En una posición que, en palabras de Gonzalo Velasco, ofrece “una novedosa combinación metodológica entre un proceder arqueológico y genealógico y una toma de partido ontológica” (p. 281), Esposito recupera el análisis foucaultiano de la biopolítica para unir lo que en él se presenta como separado –vida y política–, por medio, precisamente, de una nueva inmunidad, de carácter positivo –alejándose así de Derrida–, que conecta con el pensamiento de “la vida” nietzscheano.

Así es como en la trayectoria de Esposito se ha ido perfilando en los últimos años una apuesta por la conjunción de la “ontología de lo común” heideggeriana, imposible de ser traducida en formulaciones políticas, con una lectura matizada de la biopolítica de Foucault. Siguiendo esta pauta, el pensador italiano ha emprendido últimamente un análisis de conceptos y figuras habituales en la política y el derecho, como el de “persona”, a los que somete a una lectura en clave foucaultiana, esto es, considerándolos como “dispositivos”. En el fondo, como el propio Esposito aclara a Gonzalo Velasco en la esclarecedora entrevista que cierra el libro, en la que el entrevistador no duda en poner el dedo en la llaga y, de paso, en aprietos al entrevistado, se trata de “pensar en términos políticos (y, por ello, conflictivos), sin hacer uso, sino más bien deconstruyendo la categoría de sujeto, al menos en su doble vertiente personal e individual” (p. 329). Que el envite sea arriesgado y que pueda recibir las mismas acusaciones de falta de concreción y de operatividad política que en su día recibieron Derrida o Nancy, es algo que no se le escapa a Esposito. De ahí el fundamento de las críticas que respectivamente le dirigen Valerio Rocco y Alba Jiménez por haber eludido la dimensión pública de la comunidad presente en la etimología de *munus*, y por haber subordinado las reflexiones kantianas acerca de “la comunidad” al pensamiento de la identidad del sujeto en tanto que *subjectum*, cuando en Kant habría, según Jiménez, un sujeto que, por “escapar a la propia representación” (p. 322), se sustrae del peligro de erigirse en *hypokeimenon*.

En definitiva, *Incomunidad* acompaña a Esposito en su búsqueda de prácticas y discursos políticos *operativos* en un tiempo dominado, casi asediado, por los ecos de aquella pregunta que Negri formuló a Deleuze y que Miguel Morueco recoge en su intervención *Un pueblo por venir: ¿cómo pensar una comunidad sin fundamento, pero potente; sin totalidad, pero absoluta?* Quizás en la respuesta a esta cuestión se dibuje una tercera vía alternativa a la que encarnan los “hijos de Bataille” (Blanchot, Nancy, Esposito), como los denomina Muñoz-Reja, y a la de los descendientes de Spinoza. Por ella podría transitar esta *incomunidad*.

Jordi MASSÓ CASTILLA